

**ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN
DEL EVANGELIO DE DIOS EN ROMANOS**

**La clave para ser un vencedor:
la ley del Espíritu de vida
para la vida del Cuerpo
(Mensaje 6)**

Lectura bíblica: Ro. 7:15—8:2, 4, 6

- I. La clave para ser un vencedor es la ley del Espíritu de vida mencionada en Romanos 8, un capítulo para aquellos que buscan desesperadamente—7:24—8:2, 28-29:
 - A. Romanos 7 describe la experiencia de estar “en la carne”; Romanos 8 describe la experiencia de estar “en el espíritu” (el Espíritu divino que mora en nuestro espíritu humano y estos dos espíritus están mezclados para ser un solo espíritu)—vs. 4, 9-10, 16; 1 Co. 6:17; 2 Ti. 4:22.
 - B. El disfrute que tenemos de la ley del Espíritu de vida mencionado en Romanos 8 nos conduce a la realidad del Cuerpo de Cristo descrita en Romanos 12; esta ley opera en nosotros mientras vivimos en el Cuerpo y para el Cuerpo—8:2, 28-29; 12:1-2, 11; Fil. 1:19.
 - C. La clave para vivir y servir en el Cuerpo de Cristo es la ley del Espíritu de vida, la cual opera dentro de nosotros:
 1. La ley del Espíritu de vida nos hace Dios en vida, en naturaleza y en expresión, mas no en la Deidad, al moldearnos a la imagen del Hijo primogénito de Dios para que seamos Su expresión corporativa—Ro. 8:2, 29.
 2. La ley del Espíritu de vida nos constituye miembros del Cuerpo de Cristo que desempeñan una diversidad de funciones—Ef. 4:11-12, 16.
- II. Si hemos de experimentar al Cristo que mora en nosotros como la ley del Espíritu de vida, es preciso que veamos las tres vidas y las cuatro leyes que se mencionan en Romanos 7 y 8:
 - A. La vida humana creada junto con la ley del bien está en

nuestra alma; esta ley proviene de la vida natural humana, es decir, del hombre mismo—7:21-23; Gn. 1:31; Ec. 7:29.

- B. La vida satánica maligna junto con la ley del pecado y de la muerte está en nuestra carne; esta ley proviene de Satanás, quien como pecado mora en la carne del creyente—Ro. 6:6; 7:15-20, 23-24; 1 Jn. 3:10; Jn. 8:44; Mt. 13:38; 23:33; 3:7; Ro. 3:13.
 - C. La vida divina increada junto con la ley del Espíritu de vida está en nuestro espíritu humano; esta ley proviene de Dios, quien como el Espíritu mora en el espíritu del hombre—8:2, 9-10, 16; Jn. 1:4; 10:10b; 14:6a; 1 Co. 15:45:
 - 1. Toda clase de vida posee una ley que la rige e incluso ella misma es una ley; la vida de Dios es la vida más elevada, y la ley de esta vida es la ley más elevada—cfr. Jn. 1:4-5; 12:24; 14:6a; 10:10b; 1 Co. 15:45.
 - 2. El Dios Triuno pasó por el proceso de encarnación, crucifixión, resurrección y ascensión para llegar a ser la ley del Espíritu de vida que está instalada en nuestro espíritu como una ley “científica”, un principio que opera de forma automática—Ro. 8:2-3, 11, 34, 16.
 - 3. La ley del Espíritu de vida es el poder espontáneo de la vida divina; es la característica natural de la vida divina y la función innata y automática que la vida divina cumple—12:2; Fil. 2:13; Ez. 36:26-27; Is. 40:28-31; He. 12:2a; Fil. 4:13; Col. 1:28-29; cfr. Pr. 30:18-19.
 - D. Estos tres partidos, junto con las tres leyes, están ahora presentes en el creyente como lo estaban ellos (Dios, el hombre y Satanás) en el huerto del Edén (Gn. 3).
 - E. Además de las tres leyes que están en el creyente, existe la ley de Dios, la cual está fuera de él—Ro. 7:22, 25.
- III. Mientras nos mantenemos en contacto con el Señor, permaneciendo en comunión con Él, la ley del Espíritu de vida opera automáticamente, espontáneamente y sin ningún esfuerzo:
- A. Debemos dejar de esforzarnos y de luchar en nosotros mismos—Gá. 2:20a; cfr. Ro. 7:15-20:
 - 1. Si no hemos visto que el pecado es una ley y que nuestra voluntad jamás podrá vencer esta ley, nos encontramos atrapados en Romanos 7; nunca llegaremos a Romanos 8.
 - 2. Pablo quiso hacer esto una y otra vez, pero el resultado

sólo fue un fracaso tras otro; lo más que el hombre puede hacer es tomar resoluciones—7:18.

- 3. Cuando el pecado está inactivo dentro de nosotros, es meramente el pecado, pero cuando lo despertamos queriendo hacer nosotros el bien, el pecado se convierte en “el mal”—v. 21.
 - 4. En vez de querer, debemos poner nuestra mente en el espíritu y andar conforme al espíritu—8:6, 4; Fil. 2:13.
- B. Debemos cooperar con el Dios que mora en nosotros, que se ha instalado en nuestro ser y que obra interiormente de manera automática, al orar y tener un espíritu de dependencia, invocando al Señor a fin de mantener nuestra comunión con Él—Ro. 10:12-13; 1 Ts. 5:17; Ef. 6:17-18.
 - C. Debemos atender al sentir de vida en nuestro espíritu, a fin de permanecer en la comunión de vida, el fluir de la vida divina, de tal manera que la ley del Espíritu de vida pueda operar—Ro. 8:6, 16; 1 Jn. 1:2-3, 6-7:
 - 1. El sentir de vida, en el aspecto negativo, es la sensación de muerte: debilidad, vaciedad, intranquilidad, inquietud, depresión, sequedad, oscuridad, dolor, etc.
 - 2. El sentir de vida, en el aspecto positivo, es la sensación de vida y paz: fortalecimiento, satisfacción, paz, descanso, liberación, vitalidad, frescor, iluminación, alivio, etc.
 - 3. El sentir de vida se relaciona a estar conscientes de la conciencia en conformidad con la vida de Dios—Ef. 4:18-19.
 - D. Debemos estar atentos a nuestro espíritu y guardar nuestro corazón; el espíritu es el órgano con el cual contactamos la vida de Dios, y el corazón es la clave, el interruptor, el punto estratégico, que permite que la vida de Dios se imparta a nuestro ser y opere libremente en nosotros—Sal. 78:8; Mal. 2:15-16; Pr. 4:23; Ez. 36:26; Ef. 3:17; cfr. Ez. 14:3.
 - E. Debemos andar conforme al espíritu, es decir, vivir en el espíritu—Ro. 8:4, 16; cfr. 1 Co. 2:14:
 - 1. El secreto para experimentar a Cristo es estar en Él, Aquel que nos reviste de poder para hacerlo todo, y el secreto de estar en Él es estar en nuestro espíritu—Fil. 4:12-13, 23.
 - 2. Si hemos de vivir en nuestro espíritu, es necesario que dediquemos tiempo para contemplar al Señor, orando para tener comunión con Jesús y ser bañados en la luz de

- Su rostro, a fin de ser saturados de Su belleza e irradiar Su excelencia—2 Co. 3:16, 18; cfr. Mt. 14:23.
3. Si hemos de vivir en nuestro espíritu, debemos orar sin cesar—1 Ts. 5:17; cfr. Jn. 20:22; Lm. 3:55-56; Ro. 10:12-13.
 4. Si hemos de vivir en nuestro espíritu, debemos permanecer en la comunión de la vida divina a fin de andar en la luz divina—1 Jn. 1:2-3, 6-7.
- F. Debemos poner la mente en las cosas del Espíritu, es decir, poner la mente en el espíritu—Ro. 8:5-6:
1. Debemos prestar atención al sentir de nuestro espíritu, a fin de no contristar ni apagar el Espíritu—Mal. 2:15-16; Ef. 4:30; 1 Ts. 5:19.
 2. Podemos poner nuestra mente en el espíritu, al poner nuestra mente en las palabras de Dios, las cuales son espíritu y son vida—Jn. 6:63; Is. 55:8-11.
 3. Poner la mente en las cosas del Espíritu, esto es, poner nuestra mente en el espíritu, es también ser uno con el Señor para cuidar de la iglesia —que incluye a todos los santos— con el entrañable amor de Cristo Jesús—Fil. 1:8; cfr. 2:21.
- G. Debemos hacer morir por el Espíritu los hábitos de nuestro cuerpo—Ro. 8:13; Zac. 4:6; Gá. 5:16:
1. Debemos permitir que el Espíritu habite y resida en nuestro ser interior—Ro. 8:9, 11.
 2. Debemos permanecer en la vida de iglesia donde el Dios de paz aplasta a Satanás bajo nuestros pies—12:1-2, 11; 16:20.
- H. Debemos ser guiados por el Espíritu como hijos de Dios—8:14:
1. Ser guiados por el Espíritu es estar atentos a la unción interior, al Espíritu compuesto que mora, opera y actúa en nosotros—1 Jn. 2:20, 27.
 2. Ser guiados por el Espíritu es estar atentos al reposo en nuestro espíritu, esto es, ser guiados como cautivos en la procesión triunfal de Cristo—2 Co. 2:12-14; 7:5-6.
- I. Debemos clamar al Padre en el espíritu de filiación—Ro. 8:15; Gá. 4:6:
1. Cuando clamamos “¡Abba, Padre!” (Ro. 8:15), “el Espíritu mismo da testimonio juntamente con nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (v. 16).

2. Clamar “¡Abba, Padre!” expresa lo dulce que es la relación íntima que tenemos con nuestro Dios—cfr. Mt. 18:3.
- J. Debemos gemir en el Espíritu intercesor por nuestra plena filiación, que es la redención de nuestro cuerpo—Ro. 8:23, 26-27:
1. En nuestro gemir el Espíritu también gime, intercediendo por nosotros.
 2. El Espíritu intercesor ora por nosotros, pidiendo que seamos conformados a la imagen de Cristo, el Hijo primogénito de Dios—vs. 28-29.
- K. Debemos amar a Dios y ser constreñidos, restringidos y motivados por el amor de Cristo para ser más que vencedores en todas las cosas—vs. 31-39:
1. Al amar a Dios, nosotros participamos de todas las riquezas que están en Dios—1 Co. 2:9-10.
 2. Debemos permitir que el amor de Cristo nos constriña a fin de amar a Dios y a los santos con Cristo como nuestro amor—2 Co. 5:14.
- IV. El Dios Triuno procesado y consumado, quien es el poder de la ley del Espíritu de vida que opera de manera espontánea y automática, logra las siguientes cosas en nosotros:
- A. Este poder hace que nuestro corazón se incline a Dios—Pr. 21:1; Sal. 119:36.
 - B. Este poder nos hace sumisos a Dios—Fil. 2:13.
 - C. Este poder nos lleva a hacer las buenas obras, las cuales Dios preparó para que nosotros vivamos la vida de iglesia y llevemos el testimonio de Jesús—Ef. 2:10.
 - D. Este poder nos lleva a laborar para el Señor con todo nuestro corazón y con todas nuestras fuerzas—1 Co. 15:10; Col. 1:28-29.
 - E. Este poder hace que nuestro servicio sea viviente y fresco—Ro. 6:4; 7:6; 2 Co. 3:6.
- V. Finalmente, el disfrute que tenemos del Espíritu que mora en nosotros —quien es la ley de la vida divina que opera automáticamente— se halla en el Cuerpo de Cristo y es para el Cuerpo de Cristo, con el propósito de que seamos iguales a Dios en vida, en naturaleza y en expresión, mas no en la Deidad a fin de que se cumpla la meta de la economía eterna de Dios—Ro. 8:2, 28-29; 12:1-2; 11:36; 16:27; Fil. 1:19.

MENSAJE SEIS

**LA CLAVE PARA SER UN VENCEDOR:
LA LEY DEL ESPÍRITU DE VIDA PARA LA VIDA DEL CUERPO**

En este mensaje consideraremos un punto crucial. En el recobro del Señor, probablemente la mayoría de nosotros hemos escuchado acerca de la ley del Espíritu de vida; sin embargo, muchos de nosotros no hemos considerado demasiado este asunto o no hemos profundizado en ello detalladamente. Quiera el Señor que, mientras leamos este mensaje, nuestros ojos sean abiertos para ver algo con relación a la ley del Espíritu de vida que nunca antes hayamos visto. Éste es en realidad un asunto muy importante.

Hay dos porciones en las que el hermano Lee habla sobre la ley del Espíritu de vida que nos muestran la importancia que tiene este asunto. Lo que él dice en estas porciones puede sorprendernos, especialmente a los que han estado en el recobro del Señor por algún tiempo, porque cuando consideramos Romanos 8, nuestro énfasis casi siempre es en el asunto de la vida o del Espíritu. Sin duda Romanos 8 revela tanto la vida como el Espíritu, pero el énfasis primordial en este capítulo no es ni la vida ni el Espíritu, sino *la ley* del Espíritu de vida que es en Cristo Jesús. Por lo tanto, mientras me preparaba para hablar este mensaje, fui sorprendido e iluminado por las siguientes citas del ministerio del hermano Lee. En el *Estudio-vida de Romanos* el hermano Lee dice:

Todo lo que Pablo abarca en el resto del capítulo 8 se relaciona con la operación de la ley del Espíritu de vida. Si leemos este capítulo con el debido detenimiento, nos daremos cuenta de que el tema de este capítulo no es en realidad el Espíritu, sino la ley del Espíritu de vida.

Muchos maestros cristianos enseñan que el tema del capítulo 8 de Romanos es el Espíritu. Este entendimiento es demasiado superficial. En realidad Romanos 8 habla sobre la ley del Espíritu de vida. Nosotros entenderemos esto claramente si leemos detenidamente Romanos 8 a la luz de lo que Pablo dice acerca de la ley en los capítulos 5, 6 y 7.

Nos sería también de mucha ayuda seguir el pensamiento de Pablo en cuanto a este asunto, leyendo en retrospectiva desde el capítulo 8 al capítulo 5. La revelación en estos capítulos es maravillosa. Es crucial que veamos que el tema de Romanos 8 no es meramente el Espíritu, sino la ley del Espíritu de vida. (pág. 729)

En *Perfecting Training* [Entrenamiento de perfeccionamiento] el hermano Lee dice:

Primero, ¿cuál es realmente el tema principal del cual se habla en este capítulo? La mayoría de los maestros cristianos dicen que trata acerca del Espíritu. Sí, en cierto modo trata sobre el Espíritu, pero no creo que el tema principal de este capítulo sea el Espíritu. Hemos dicho varias veces que este capítulo también habla sobre la filiación. Sí, habla de la filiación, pero tampoco creo que la filiación sea el tema principal de este capítulo.

En el versículo 2 está la frase *la ley del Espíritu de vida*. Se utilizan tres cosas para componer esta frase: ley, Espíritu y vida. ¿Cuál de los tres es el más importante?

Si responde que la vida es lo más importante, ¿por qué Pablo no dijo “la vida del Espíritu de la ley”? Por ejemplo, si yo empleo la frase “el oro de las montañas de California”, ¿estoy hablando de California o de las montañas o del oro? Sin duda estoy hablando del oro. Si hablara de California, diría “el California de las montañas de oro”. Debido a que la frase utiliza primero la palabra *oro*, indica claramente que estoy hablando acerca del oro. De la misma manera, el hecho de que Romanos 8 hable de la ley del Espíritu de vida indica que este capítulo trata sobre la ley. Este capítulo habla acerca de la ley. Ustedes quizás no vean esto, porque están distraídos con otros asuntos. Tienen algún concepto con respecto a la vida y también alguna idea sobre el Espíritu, así que les resulta fácil captar estos asuntos. Sin embargo, no tienen ningún concepto o idea con respecto a la ley. No muchos de los cristianos que leen Romanos 8 captan la palabra ley. La mayoría ha captado la palabra Espíritu, y unos pocos han captado la palabra vida. (págs. 353-354)

Por tanto, la carga de este mensaje es *la ley* del Espíritu de vida en

Cristo Jesús. Espero que estas porciones del ministerio del hermano Lee nos muestren la importancia de la ley del Espíritu de vida. Esta ley del Espíritu de vida es un asunto especial en la economía de Dios. En nuestra experiencia como creyentes y en la edificación de la iglesia, tenemos que aprender a vivir por medio de la ley del Espíritu de vida. Así que el título de este mensaje es “La clave para ser un vencedor: la ley del Espíritu de vida para la vida del Cuerpo”.

**LA CLAVE PARA SER UN VENCEDOR ES LA LEY
DEL ESPÍRITU DE VIDA MENCIONADA EN ROMANOS 8,
UN CAPÍTULO PARA AQUELLOS QUE BUSCAN DESESPERADAMENTE**

La clave para ser un vencedor es la ley del Espíritu de vida mencionada en Romanos 8, un capítulo para aquellos que buscan desesperadamente (7:24—8:2, 28-29). Espero que todos seamos buscadores, aún más, buscadores desesperados, que buscan a Dios a fin de vivirle, estar unidos a Él y llevar a cabo Su economía divina. La clave para que seamos los que buscan desesperadamente es la ley del Espíritu de vida.

Un vencedor ciertamente es uno que busca desesperadamente. Ninguno que sea pasivo en su búsqueda del Señor y en cuanto a la práctica de la vida de iglesia o de la vida cristiana podrá llegar a ser un vencedor. Además, a menos que participemos de las experiencias y el disfrute del Señor mediante la ley del Espíritu de vida, Cristo no podrá ganarnos como Sus vencedores. Tenemos que aprender a vivir mediante la ley del Espíritu de vida.

**Romanos 7 describe la experiencia de estar “en la carne”;
Romanos 8 describe la experiencia de estar “en el espíritu”
(el Espíritu divino que mora en nuestro espíritu humano y
estos dos espíritus están mezclados para ser un solo espíritu)**

Romanos 7 describe la experiencia de estar “en la carne”; Romanos 8 describe la experiencia de estar “en el espíritu” (el Espíritu divino que mora en nuestro espíritu humano y estos dos espíritus están mezclados para ser un solo espíritu) (vs. 4, 9-10, 16; 1 Co. 6:17; 2 Ti. 4:22). Romanos 7 describe indudablemente la experiencia del hombre que está en la carne. Cuando el hombre fue creado, todo su ser, incluyendo su cuerpo, era puro. No obstante, Adán, incluyendo a su esposa, cedió a la tentación de la serpiente y tomó del fruto del árbol del conocimiento. El momento en que Adán comió del árbol del conocimiento, Satanás entró en Adán para unirse con el hombre. Como consecuencia, el

cuerpo del hombre, que había sido creado puro, se transmutó convirtiéndose en la carne.

Esta carne fue totalmente puesta al descubierto en Romanos 7. Por supuesto, la carga de este mensaje no es la carne, sino la ley del Espíritu de vida descrita en el capítulo 8. No obstante, el capítulo 7 nos revela otra ley que está totalmente relacionada con la carne del hombre. Los incrédulos no tienen el Espíritu morando en ellos, y por ende no tienen la ley del Espíritu de vida en su espíritu; son cautivos de la ley del pecado en su carne. En contraste, cuando los creyentes andan conforme a la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús, la misma les provee la manera de vencer la ley del pecado y de la muerte que está en la carne.

Cuando el Señor nos creó, éramos puros, sin defectos. Sin embargo, desde el día que el hombre abrió su ser a Satanás y recibió a Satanás, el hombre ha luchado contra la vida satánica que está en su carne. Adán poseía la vida creada, pero cuando participó del fruto del árbol del conocimiento, la vida satánica entró en él y lo corrompió. A través de todas las generaciones de la humanidad, la vida satánica, esto es, el pecado que mora en el hombre, ha venido a ser la causa de la lucha interna del hombre. Satanás fue un gran problema para el hombre hasta que el Señor vino mediante la encarnación y fue crucificado; Cristo, el día de Su crucifixión, crucificó a Satanás y al pecado que mora en el hombre. Romanos 8:3 dice: “Lo que la ley no pudo hacer, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a Su Hijo en semejanza de carne de pecado y en cuanto al pecado, condenó al pecado en la carne”. La ley dada a los hijos de Israel era sumamente débil, porque el hombre de carne no puede vencer la ley del pecado y de la muerte (v. 2). Por tanto, Dios envió a Cristo en semejanza de carne de pecado, es decir, en la carne pero sin el pecado de la carne, a fin de que en la cruz, Cristo condenara al pecado en la carne.

La frase *en cuanto al pecado* del versículo 3 es muy significativa. Una de las razones por las que Cristo murió en la cruz fue terminar con el pecado que mora en la carne, la naturaleza maligna de Satanás que ha invadido al hombre. De hecho, el pecado que mora en el hombre es el resultado de que Satanás mismo haya entrado en el hombre para obtener y tomar posesión de todo el ser de éste a fin de que Satanás pudiera edificar su propio reino en la tierra para oponerse al reino de Dios. Así pues, Cristo vino “en cuanto al pecado” y, cuando murió en la cruz, “condenó al pecado en la carne”. El pecado, que es la naturaleza

de Satanás, aun Satanás mismo dentro del hombre, fue condenado por Cristo en Su muerte. Durante cuatro mil años el pecado fue un gran problema para la humanidad caída, pero un día Cristo vino para morir en la cruz en cuanto al pecado. Vino para acabar con este problema negativo fundamental del universo. Cristo se encarnó y luego, en cuanto al pecado que había entrado y se había hecho parte del hombre, murió en la cruz. Mediante Su muerte condenó este elemento de Satanás en el hombre. Esto fue un gran logro.

Romanos 7 describe la experiencia del hombre que está en la carne, la experiencia de una persona que no tiene a Cristo, mientras que Romanos 8 describe la experiencia de un creyente en el espíritu. ¡Qué contraste al que se somete el hombre que abandona la experiencia de la carne en Romanos 7 y participa de la experiencia del espíritu en Romanos 8! En Romanos 7 el hombre es acosado por todas las cosas negativas que surgen de la carne, pero en Romanos 8 el hombre entra en la esfera del Espíritu y se mezcla con Dios en el espíritu. El Espíritu divino mora en el espíritu humano del creyente, y estos dos espíritus se mezclan como un solo espíritu. Aunque nosotros, los creyentes, todavía tenemos la carne de pecado y el riesgo de que la carne siempre se pueda manifestar, podemos vencer la carne porque nuestro espíritu se ha mezclado con el Espíritu divino.

El disfrute que tenemos de la ley del Espíritu de vida mencionado en Romanos 8 nos conduce a la realidad del Cuerpo de Cristo descrita en Romanos 12; esta ley opera en nosotros mientras vivimos en el Cuerpo y para el Cuerpo

El disfrute que tenemos de la ley del Espíritu de vida mencionado en Romanos 8 nos conduce a la realidad del Cuerpo de Cristo descrita en Romanos 12; esta ley opera en nosotros mientras vivimos en el Cuerpo y para el Cuerpo (8:2, 28-29; 12:1-2, 11; Fil. 1:19). Uno de los recuerdos que más atesoro de cuando entré en la vida de iglesia fue cuando el hermano Lee visitó Dallas, Texas, en la primavera de 1964. Antes de eso, sólo había escuchado acerca del hermano Lee cuando él había visitado Texas en una ocasión anterior. Además, algunos de mis amigos estaban dando un giro hacia el camino del recobro del Señor. Por consiguiente, cuando el hermano Lee vino a Dallas fui a escucharlo. El primer mensaje que escuché fue sobre Romanos 8. Escuché lo que dijo con mucho interés y fui muy conmovido. Por alguna razón, no pude asistir a la segunda reunión, pero estuve en el tercer mensaje.

En ese mensaje él dijo que Romanos 8 se refiere al Espíritu, pero que los capítulos 9 al 11 son un paréntesis y que la continuación del capítulo 8 es el capítulo 12, que se refiere al Cuerpo de Cristo. Ésa era la primera vez que escuchaba a una persona referirse a la iglesia en esa forma; por tanto, escuché ese mensaje muy atentamente. Mientras preparaba este mensaje, me acordé de muchas cosas que había escuchado del hermano Lee en esa primera ocasión.

El disfrute de la ley del Espíritu de vida mencionada en Romanos 8 nos conduce a la realidad del Cuerpo de Cristo mencionado en Romanos 12. Alabado sea el Señor por la manera en que Pablo escribe el libro de Romanos. Después de Romanos 8, Pablo escribe una sección parentética, los capítulos 9 al 11, lo cual implica que lo que sigue después del Espíritu que se menciona en Romanos 8 es el Cuerpo mencionado en Romanos 12. Además, si hemos de ser introducidos en la vida de iglesia en toda su realidad, tenemos que andar conforme al Espíritu a fin de tener una experiencia rica y completa de la ley del Espíritu de vida. Si no tenemos esta rica experiencia, no podemos entrar en la plenitud de la vida del Cuerpo. ¡Cuán gloriosa es la iglesia! Por supuesto, es glorioso ser un cristiano individual, ser salvo y disfrutar a Cristo, pero es aún más excelente no ser “para nosotros mismos” y entrar en la gloriosa vida de iglesia. Asimismo, no sólo debemos entrar en la vida de iglesia, sino también en la práctica de la vida del Cuerpo, lo cual requiere ser compenetrados y mezclados con otros miembros del Cuerpo. Esto se realiza mediante la operación de la ley del Espíritu de vida.

La clave para vivir y servir en el Cuerpo de Cristo es la ley del Espíritu de vida, la cual opera dentro de nosotros

La clave para vivir y servir en el Cuerpo de Cristo es la ley del Espíritu de vida, la cual opera dentro de nosotros. La ley del Espíritu de vida nos hace Dios en vida, en naturaleza y en expresión, mas no en la Deidad, al moldearnos a la imagen del Hijo primogénito de Dios para que seamos Su expresión corporativa (8:2, 29). La ley del Espíritu de vida nos constituye miembros del Cuerpo de Cristo que desempeñan una diversidad de funciones (Ef. 4:11-12, 16). Cada vida tiene una ley propia de esa vida, sea una planta, un animal o un ser humano. Nuestro vivir, la manera de conducirnos, las prácticas que espontáneamente

manifestamos y cómo nos desarrollamos humanamente, está basado todo en una ley de vida.

La mayor parte del tiempo hasta que cumplí diecisiete años y me fui a la universidad, no viví en una ciudad sino en un pueblo en el campo. Así que, mientras crecía, observé que una ley particular regía cada tipo diferente de vida, incluyendo a las plantas, los animales y la gente. Conforme a la creación de Dios, cada vida tiene una ley. Además, si es una vida superior, la ley es superior. Por lo tanto, la ley más elevada del universo es la ley de Dios. Debido a que Dios tiene la vida más elevada del universo, Su vida tiene la ley suprema.

Como creyentes, esta ley suprema, la ley del Espíritu de vida, nos hace Dios en vida. Esto es lo que hace la ley de la vida de Dios. La vida de Dios tiene una ley, y esta ley nos está haciendo Dios en vida, naturaleza y expresión, mas no en la Deidad. Esta ley de vida nos conforma a la imagen del Hijo primogénito de Dios, para que podamos ser la expresión corporativa de Dios. Esto es lo que la ley de la vida divina hace en nosotros. Por tanto, día tras día y poco a poco estamos en el proceso, mediante la operación de esta ley en nosotros, de ser hechos Dios a fin de ser edificados como la expresión del Señor en la tierra.

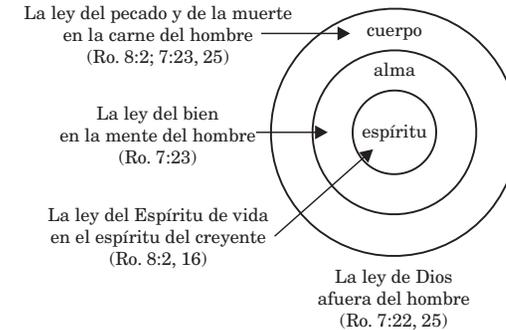
Además, esta ley del Espíritu de vida nos constituye miembros del Cuerpo de Cristo con varias funciones. Por lo tanto, todos debemos estar llenos de esperanza. No debemos decir que no tenemos ninguna función. Puesto que tenemos la vida divina en nosotros, tenemos la ley propia de esta vida, la ley del Espíritu de vida, y de dicha ley se desarrollan muchas funciones que nos hacen miembros útiles en el Cuerpo de Cristo.

**SI HEMOS DE EXPERIMENTAR
AL CRISTO QUE MORA EN NOSOTROS COMO LA LEY
DEL ESPÍRITU DE VIDA, ES PRECISO QUE VEAMOS
LAS TRES VIDAS Y LAS CUATRO LEYES QUE
SE MENCIONAN EN ROMANOS 7 Y 8**

Si hemos de experimentar al Cristo que mora en nosotros como la ley del Espíritu de vida, es preciso que veamos las tres vidas y las cuatro leyes que se mencionan en Romanos 7 y 8 (véase el diagrama). En Romanos 7 y 8 se mencionan cuatro leyes. La primera ley es la ley de Dios, la cual está fuera del hombre (7:22, 25). La ley de Dios consta de todos los mandamientos y estatutos que el Señor les dio a los

hijos de Israel para guiarlos en su conducta y en la manera de vivir. Esta ley de Dios fue escrita en tablas y estaba fuera del hombre, aun así el hombre se esforzaba por vivir conforme a dicha ley.

Las cuatro leyes descritas en Romanos 7 y 8



La segunda ley es la ley del bien en la mente del hombre (vs. 18-19, 21). La ley del bien en la mente del hombre concuerda con la ley de Dios; esta ley procede espontáneamente de la vida humana creada por Dios. Cuando Dios creó al hombre, puso en el hombre una tendencia particular hacia el bien. La ley del bien surge del hecho de que el hombre fue creado a imagen de Dios. Aunque el hombre fue creado a imagen de Dios, no poseía la vida de Dios, sino solamente la vida humana. Sin embargo, dentro del hombre hay un deseo de esforzarse para agradar a Dios y hacer el bien. Este deseo vino a ser la ley por la cual el hombre ha tratado de vivir. El hombre quería agradar a Dios según la función de la ley del bien en su mente.

No obstante, en la caída del hombre, Satanás entró en la carne del hombre y transmutó el cuerpo del hombre, convirtiendo el cuerpo bueno del hombre creado por Dios en carne de pecado, puesto que Satanás mora en la carne del hombre como pecado. La corrupción de Satanás en el ser del hombre produjo la ley del pecado y de la muerte (8:2; 7:13, 17, 21, 25). Puesto que la ley de Dios fue escrita, el hombre que Dios creó sabía cómo debía vivir y conducirse a fin de agradar a Dios. También, debido a que hay algo en el hombre creado que concuerda con la ley de Dios, el hombre empezó a esforzarse por vivir conforme a la ley de Dios. Sin embargo, debido a la caída del hombre, otra ley habita en él —la ley del pecado y de la muerte— y esta ley siempre vence la ley del bien en la mente del hombre.

Todos podemos testificar que deseamos ser buenos todo el tiempo, pero que hay algo en nosotros que siempre hace caso omiso de este deseo. Cuando intentamos hacer el bien, no podemos porque hay otra ley en nuestros miembros que se opone y vence la ley del bien en nuestra mente. Por tanto, hay tres leyes en nosotros, y de estas tres, la ley del bien es la más débil. La ley del pecado y de la muerte, la cual pertenece a Satanás, es mucho más fuerte que la ley del bien en nuestra mente. Aunque deseamos hacer lo correcto conforme a la ley objetiva de Dios con el fin de ser personas buenas y apropiadas según la ley del bien en nuestra mente, nunca obtenemos la victoria porque la ley del pecado y de la muerte en nuestra carne siempre vence la ley del bien en nuestra mente. De hecho, es imposible que la ley del bien venza a la ley del pecado y de la muerte.

Pablo se dio cuenta de que la Palabra de Dios le ordenaba que no codiciara, pero la experiencia de Pablo era que no podía dejar de codiciar. Por lo tanto, en su frustración él clamó a Dios, hasta que finalmente tocó otra ley, la ley del Espíritu de vida que está dentro del espíritu de cada creyente (8:2). La ley del Espíritu de vida es la más fuerte. Así que, tenemos la ley del Espíritu de vida en nuestro espíritu, la ley del pecado y de la muerte en nuestro cuerpo y la ley del bien en nuestra alma.

Cuando estaba en la universidad, los estudiantes, algunos de los cuales eran creyentes, discutían a veces si el hombre era bueno o malo por naturaleza. A medida que escuchaba las discusiones, gradualmente me formé una opinión que no concordaba con ninguna de las suyas. Considerando mi experiencia, me di cuenta de que aunque quería ser bueno, no podía ser bueno todo el tiempo. En otras palabras, deseaba ser bueno, pero también era malo. Por consiguiente, mi opinión era que nunca podríamos comprender este problema. Alabado sea el Señor que con el tiempo fui introducido en el ministerio de la era y recibí la respuesta. La respuesta es que en nosotros hay tres leyes y que ser bueno o malo depende de la ley por la cual vivimos.

La vida humana creada junto con la ley del bien está en nuestra alma; esta ley proviene de la vida natural humana, es decir, del hombre mismo

La vida humana creada junto con la ley del bien está en nuestra alma; esta ley proviene de la vida natural humana, es decir, del hombre mismo (7:21-23; Gn. 1:31; Ec. 7:29).

La vida satánica maligna junto con la ley del pecado y de la muerte está en nuestra carne; esta ley proviene de Satanás, quien como pecado mora en la carne del creyente

La vida satánica maligna junto con la ley del pecado y de la muerte está en nuestra carne; esta ley proviene de Satanás, quien como pecado mora en la carne del creyente (Ro. 6:6; 7:15-20, 23-24; 1 Jn. 3:10; Jn. 8:44; Mt. 13:38; 23:33; 3:7; Ro. 3:13).

La vida divina increada junto con la ley del Espíritu de vida está en nuestro espíritu humano; esta ley proviene de Dios, quien como el Espíritu mora en el espíritu del hombre

La vida divina increada junto con la ley del Espíritu de vida está en nuestro espíritu humano; esta ley proviene de Dios, quien como el Espíritu mora en el espíritu del hombre (8:2, 9-10, 16; Jn. 1:4; 10:10b; 14:6a; 1 Co. 15:45).

Toda clase de vida posee una ley que la rige e incluso ella misma es una ley; la vida de Dios es la vida más elevada, y la ley de esta vida es la ley más elevada

Toda clase de vida posee una ley que la rige e incluso ella misma es una ley; la vida de Dios es la vida más elevada, y la ley de esta vida es la ley más elevada (cfr. Jn. 1:4-5; 12:24; 14:6a; 10:10b; 1 Co. 15:45).

El Dios Triuno pasó por el proceso de encarnación, crucifixión, resurrección y ascensión para llegar a ser la ley del Espíritu de vida que está instalada en nuestro espíritu como una ley “científica”, un principio que opera de forma automática

El Dios Triuno pasó por el proceso de encarnación, crucifixión, resurrección y ascensión para llegar a ser la ley del Espíritu de vida que está instalada en nuestro espíritu como una ley “científica”, un principio que opera de forma automática (Ro. 8:2-3, 11, 34, 16). El hermano Lee dio varios ejemplos excelentes en el *Estudio-vida de Romanos* para mostrar cómo esta ley del Espíritu de vida opera en nosotros como una ley científica y como un principio que opera de forma automática. Un ejemplo es el que muestra cómo opera un aparato eléctrico, por ejemplo, una lámpara. A fin de que una lámpara alumbré, necesita recibir el flujo de la corriente eléctrica. No obstante, a fin de que la corriente

fluya, se tiene que encender el interruptor. Mientras la lámpara esté encendida, la corriente fluye y la luz alumbrá porque opera de manera automática según el principio que es conforme una ley científica. El hermano Lee dijo:

El que el Dios Triuno opere como una ley dentro de nosotros puede ser ejemplificado con la electricidad que ha sido instalada en nuestra casa. Una vez que la electricidad es instalada en nuestra casa, no hay necesidad de que llamemos a la planta de energía toda vez que necesitemos que la energía eléctrica opere en cierto aparato electrodoméstico. ¿No sería insensato llamar a la compañía de luz para rogar que alguien conecte la corriente eléctrica a fin de que funcionen los aparatos en nuestra casa? Si hiciéramos esto, la gente de la planta eléctrica nos diría que no es necesario que les llamemos. Lo que tenemos que hacer es simplemente hacer uso del poder de la corriente eléctrica al encender el interruptor que ha sido instalado en nuestro hogar. Ninguna persona con el conocimiento más elemental de la electricidad, llamaría nunca a la planta eléctrica para rogarles que le conecten la corriente eléctrica. Todo aquel que sabe que la electricidad ya ha sido instalada en su hogar, simplemente accionará el interruptor y hará uso del poder de la corriente eléctrica. (pág. 734)

Otro ejemplo que da el hermano Lee es el de las leyes que rigen a los seres vivientes, como la ley que los hace respirar. Él dice:

Como seres vivientes, todos vivimos conforme a leyes definidas. Por ejemplo, la respiración es una ley. ¿Respira usted por haber emprendido una actividad deliberada o por la ley espontánea de la respiración? ¿Acostumbra usted decirse a sí mismo: “Entiendo que requiero oxígeno; por lo tanto, debo ejercitarme para respirar”? Esto haría de nuestra respiración una actividad que emprendemos deliberadamente. Sin embargo, nosotros respiramos por la ley natural de la respiración, y ésta no es una actividad que emprendemos deliberadamente. Esto quiere decir que respiramos aun sin tener plena conciencia de ello. Respiramos continuamente día y noche, no importa dónde estemos. No respiramos porque decidamos hacerlo; de hecho, ni siquiera nos damos cuenta de que estamos respirando. Además, los padres no tienen

que ordenar a sus hijos que respiren. Al contrario, la respiración es un principio automático que funciona espontáneamente en nuestro cuerpo físico. En tanto estemos vivos, continuaremos respirando. La respiración es una ley espontánea. (pág. 733)

Simplemente respiramos conforme a la ley de la respiración. De igual manera, nuestros corazones laten según una ley. Nunca he orado: “Señor, haz latir mi corazón”. Sencillamente estoy vivo y tengo vida, y mi vida humana opera conforme a ciertas leyes, lo cual incluye el latido de mi corazón. Mientras esté vivo, mi corazón latirá. El mismo principio aplica a las diferentes clases de vida. La vida del pájaro posee la ley que lo hace volar. Los pájaros vuelan según la operación de la ley de vida que está en ellos.

El pecado también opera como una ley dentro del hombre. Incluso un bebé recién nacido está lleno de pecado. Es un hecho que toda carne está llena de pecado. Podemos creer que los bebés son buenos, pero todo depende de nuestra perspectiva. Si miramos el alma del bebé, puede parecer buena; pero si realmente sabemos lo que hay dentro de ese bebé, nos daremos cuenta de que en realidad no es tan bueno. Incluso un niño muy pequeño desobedecerá a sus padres y mentirá para esconder lo que hizo mal. Puede que los más jovencitos todavía no hayan perfeccionado su destreza para mentir, así que los padres pueden detectar fácilmente si su hijo está o no diciendo la verdad; sin embargo, ya hay en el interior del niño una habilidad innata y una tendencia a mentir. ¿Quién le enseñó a ese pequeño niño a mentir? No creo que haya padres que enseñen a sus hijos a mentir, pero hay algo en cada niño que ya sabe cómo mentir. Ésta es la condición de todos los hombres. El pecado mora en nuestros miembros y nos induce a hacer muchas cosas; opera en nosotros como una ley en nuestra carne. Un niño que miente sufrirá a menudo las consecuencias de mentir a sus padres, de la misma manera que todos sufrimos las consecuencias de la operación de la ley del pecado en nuestra carne.

La ley del Espíritu de vida es el poder espontáneo de la vida divina; es la característica natural de la vida divina y la función innata y automática que la vida divina cumple

La ley del Espíritu de vida es el poder espontáneo de la vida divina; es la característica natural de la vida divina y la función innata y automática que la vida divina cumple (12:2; Fil. 2:13; Ez. 36:26-27;

Is. 40:28-31; He. 12:2a; Fil. 4:13; Col. 1:28-29; cfr. Pr. 30:18-19). La ley del Espíritu de vida es una función espontánea, innata y automática. Cuando decimos que esta ley es innata, queremos decir que es algo que recibimos mediante el nacimiento. Cuando nacimos de nuevo, recibimos la vida divina de Dios mediante este segundo nacimiento. Al recibir la vida divina, recibimos la ley del Espíritu de vida como una función innata y automática de la vida de Dios en nosotros.

Estos tres partidos, junto con las tres leyes, están ahora presentes en el creyente como lo estaban ellos (Dios, el hombre y Satanás) en el huerto de Edén

Estos tres partidos, junto con las tres leyes, están ahora presentes en el creyente como lo estaban ellos (Dios, el hombre y Satanás) en el huerto de Edén (Gn. 3). Nuestro ser es una miniatura del huerto de Edén, ya que la vida de Dios mora en nuestro espíritu y la vida de Satanás en nuestra carne, y ahora podemos elegir por cuál vida viviremos. Dios es la fuente de vida y Satanás es la fuente del pecado y de la muerte. Como hombres, queremos hacer lo correcto, pero cuando intentamos hacer el bien, la vida satánica en nuestra carne opera como una ley para vencer nuestra buena intención. A medida que aprendemos a volvernos a Dios en nuestro espíritu para tocarlo, vivir por Él, ingerir Su Palabra e invocar Su nombre, la ley del Espíritu de vida se levanta dentro de nosotros. El resultado es que la ley del Espíritu de vida derrota al enemigo y vence la ley del pecado y de la muerte.

Además de las tres leyes que están en el creyente, existe la ley de Dios, la cual está fuera de él

Además de las tres leyes que están en el creyente, existe la ley de Dios, la cual está fuera de él (Ro. 7:22, 25).

MIENTRAS NOS MANTENEMOS EN CONTACTO CON EL SEÑOR, PERMANECIENDO EN COMUNIÓN CON ÉL, LA LEY DEL ESPÍRITU DE VIDA OPERA AUTOMÁTICAMENTE, ESPONTÁNEAMENTE Y SIN NINGÚN ESFUERZO

Mientras nos mantenemos en contacto con el Señor, permaneciendo en comunión con Él, la ley del Espíritu de vida opera automáticamente, espontáneamente y sin ningún esfuerzo. Aunque sabemos, según la doctrina, que esta ley de vida está en nuestro interior y que no debemos hablar ni comportarnos de cierta manera, es probable que aún fracasemos en nuestra experiencia. Al final del día, puede que

sienta en mi interior que otra vez no he sido más que un fracaso. Por la mañana quizás me haya propuesto ser perfecto, pese a que realmente no soy tan bueno. Por lo general, yo no soy tan malo, pero tampoco soy muy bueno. Esto se debe a una ley maligna que siempre está presente conmigo, tal como Pablo lo dice in Romanos 7:21-23: “Yo, queriendo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está conmigo. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que está en guerra contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros”. La ley del pecado y de la muerte está siempre presente en nosotros tratando de derrotarnos continuamente. El enemigo siempre trata de impedir que procuremos experimentar la ley del Espíritu de vida, pues él sabe que tan pronto tocamos al Señor como la ley del Espíritu de vida, esta ley siempre lo vence. Así que, durante el día, continuamente procuro contactar al Señor y trato de aprender la forma de vivir en constante contacto con Él. Si todos aprendemos la manera de vivir en constante contacto con el Señor, ciertamente seremos creyentes vencedores que llevan a cabo la economía divina de Dios, para Su gloria. Por una parte, no debemos pensar que podemos lograr esto por nuestro propio esfuerzo. Por otra parte, si todos aprendemos a activar la ley del Espíritu de vida en nuestro interior, viviremos según dicha ley sin ningún esfuerzo. Es imprescindible que aprendamos a vivir en constante contacto con nuestro querido Señor, teniendo contacto con Él, disfrutándole y siendo llenos de Él; entonces, sin importar cuál sea la situación que nos sobrevenga, viviremos no por nuestra vida humana, sino por otra vida, por la vida del Dios Triuno que está en nuestro ser. Ésta es la vida que debemos vivir.

Creo que todos, en cierta medida, hemos tenido la experiencia de vivir conforme a la ley del Espíritu de vida. Por ejemplo, es posible que hayamos experimentado la operación de esta ley con respecto a mirar la televisión. No existe regulación alguna sobre si debemos ver televisión o no. Sin embargo, si efectivamente vemos televisión, en algún momento tendremos la sensación de que nos hemos excedido, de que vimos demasiada televisión. ¿No es ésta nuestra experiencia? Lo sabemos interiormente porque sentimos que algo protesta en nuestro interior. Ese sentir es la operación de la ley del Espíritu de vida. Por un lado, la ley del pecado y de la muerte siempre nos incita a comportarnos de cierta manera, ya sea ver televisión o discutir con nuestro cónyuge; por otro lado, alabamos al Señor, porque hay otra vida con

otra ley en nosotros. Cada vez que tenemos contacto con esta ley y vivimos conforme a esta ley, vencemos espontáneamente. Esta ley nos hace vencedores genuinos. El propósito de Dios es hacernos vencedores cada día, durante todo el día y por el resto de nuestra vida. Él nos hace vencedores a medida que permanecemos en contacto con Su vida y por la función que la ley de vida cumple en nuestro ser.

La nota 1 de Romanos 7:7 nos ayuda a entender tanto la verdad como la experiencia que tenemos en cuanto a este pasaje de la Palabra:

En los versículos del 7 al 25 Pablo usó la experiencia que él mismo tuvo antes de creer en el Señor, para mostrar la miseria de tratar de hacer el bien bajo la ley con el fin de agradar a Dios. En esta sección no se menciona el espíritu humano ni el Espíritu de Dios, sino la voluntad y la mente del alma humana (vs. 19, 23), las cuales intentan agradar a Dios con el bien de la vida natural (vs. 18-19, 21). Aunque este cuadro presenta la situación de una persona que no es salva, casi todos los cristianos pasan por esta clase de experiencia después de ser salvos.

Creo que todos hemos experimentado lo descrito por Pablo en Romanos 7. Pablo describe su fracaso y su miseria al no haber podido guardar la ley. Él declara en el versículo 24: “¡Miserable de mí! ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte?”. La experiencia de Pablo en Romanos 7 describe el vivir que llevaba antes de ser salvo; sin embargo, es posible que muchos de nosotros hayamos experimentado un conflicto similar aun después de que nos convertimos en creyentes. No creo que Pablo fuese una mala persona, ya que él procuró siempre guardar la ley a lo sumo en todo aspecto. Aun así no pudo vencer el problema de la codicia. Finalmente clamó al Señor diciendo: “¡Miserable de mí!”. Quizás tuvimos una experiencia similar aun después de ser salvos. Es probable que hayamos orado así: “Oh Señor, Tú sabes que quiero vivirte a Ti, que deseo caminar contigo y mezclarme contigo como una sola entidad. Tú sabes que quiero que te sientas muy feliz conmigo y que yo quiero sentirme muy feliz contigo, pero continúo fracasando cada día y cada noche porque no puedo controlar mi codicia”. Aunque hagamos todo lo posible por controlarnos a nosotros mismos, al final el pecado que está en nuestros miembros nos usurpa y causa que hagamos lo que no queríamos hacer.

¿Qué clase de vida llevamos hoy en día? ¿Podemos testificar que vivimos por medio de la ley del Espíritu de vida? Tengo la certeza de

que finalmente, en las iglesias que conforman el recobro del Señor, muchos de nosotros seremos vencedores. Los vencedores son aquellos que viven por la ley del Espíritu de vida, la cual opera en ellos automáticamente, espontáneamente y sin ningún esfuerzo.

El hermano Lee describe la manera en que nosotros los creyentes podemos ser con facilidad tres clases de personas en la experiencia, debido a que tenemos tres leyes diferentes operando en nuestro ser interior. Incluso en un solo día podemos experimentar la operación de las tres leyes. Él nos dice:

Es posible que un hermano pase tiempo con el Señor temprano por la mañana, adorándole, alabándole, dándole gracias y teniendo comunión con el Señor. Él está con el Señor tanto que cuando concluye su comunión, su esposa e hijos reconocen que él es un hombre semejante a Dios; que él es un Dios-hombre cuya apariencia irradia y emana la gloria de Dios. Por la tarde, empero, algo sucede, tal vez algo relacionado con su esposa e hijos, y se enoja y pierde el control. En ese momento, si alguien le pone enfrente un espejo le dirá: “Véase, usted parece un diablo” [...] Sin embargo, por la noche, es probable que él se dé cuenta de cuán equivocado estaba y de la clase de error que cometió; así que, al tomar la cena él probablemente dice: “Querida esposa, queridos hijos, perdónenme. Cometí un error”. En ese momento él expresa su vida humana. Por la mañana él era un Dios-hombre, en la tarde era un diablo-hombre y en la noche era un ser humano. Esto se debe a que en la mañana él estaba en el espíritu con Dios; en la tarde él estaba en la concupiscencia de los miembros de su carne, en el diablo; y en la noche fue muy humano al usar su conciencia. Esto nos muestra que podemos ser tres diferentes clases de persona. (*Basic Principles of the Experience of Life* [Principios básicos para nuestra experiencia de vida], pág. 54)

Hay tres expresiones diferentes que pueden provenir de una misma persona, y todas en el mismo día. Yo soy tal clase de persona y pienso que todos nosotros somos tales personas. El Señor no desea que nosotros tengamos esta clase de vivir en el que constantemente fluctuamos de una vida a otra. Él desea que vivamos por la ley del Espíritu de vida durante todo el día y todos los días. El Espíritu debe llegar a ser nuestra vida y nuestro vivir; Él mismo debe ser lo que expresemos a los demás

por causa del cumplimiento de la economía divina de Dios. Llevar a cabo la economía divina de Dios no consiste simplemente en hacer una obra, sino que se trata, en principio, de cierta clase de vivir diario, el cual se lleva a cabo mediante la ley del Espíritu de vida. Si tratamos de hacer una gran obra, pero nuestro vivir no expresa la economía divina de Dios, ¿qué será, entonces, lo que expresaremos? No obstante, he visto que muchos cristianos viven de esta manera. Que el Señor tenga misericordia de todos nosotros de modo que aprendamos a mantenernos en contacto con Él momento a momento para llevar una vida que exprese a Dios automáticamente, espontáneamente y sin ningún esfuerzo.

**Debemos dejar de esforzarnos
y de luchar en nosotros mismos**

Debemos dejar de esforzarnos y de luchar en nosotros mismos (Gá. 2:20a; cfr. Ro. 7:15-20). No importa cuánto nos esforcemos y luchemos por ser diferentes o por ser otra clase de persona, jamás podremos ganar esta batalla. Debemos ver que la ley del Espíritu de vida ya fue instalada en nuestro ser y que sólo debemos aprender a activarla.

*Si no hemos visto que el pecado es una ley
y que nuestra voluntad jamás podrá vencer esta ley,
nos encontramos atrapados en Romanos 7;
nunca llegaremos a Romanos 8*

Si no hemos visto que el pecado es una ley y que nuestra voluntad jamás podrá vencer esta ley, nos encontramos atrapados en Romanos 7; nunca llegaremos a Romanos 8. Debemos ver que el pecado es una ley y que nuestra voluntad jamás podrá vencer esta ley. Jamás podremos vencer la ley del pecado por nuestro propio esfuerzo. Si no hemos visto esto, nos encontramos atrapados en Romanos 7 y nunca llegaremos a Romanos 8.

*Pablo quiso hacer esto una
y otra vez, pero el resultado sólo
fue un fracaso tras otro; lo más que el hombre puede
hacer es tomar resoluciones*

Pablo quiso hacer esto una y otra vez, pero el resultado sólo fue un fracaso tras otro; lo más que el hombre puede hacer es tomar resoluciones (7:18). Pablo era una persona muy resuelta, y yo creo que tomó

la resolución de que él sería otra clase de persona. Estoy seguro de que él se propuso esto una y otra vez: “Hoy yo no voy a codiciar nada. Seré una persona diferente”; pero al final, el resultado sólo fue un fracaso tras otro. Lo más que el hombre puede hacer es tomar resoluciones. Al comienzo de un nuevo año, muchas personas por toda la tierra hacen resoluciones de año nuevo; pero ¿cuántas de esas resoluciones se cumplen? A medida que yo crecía, cada año hacía resoluciones de año nuevo; nunca cumplí ninguna de ellas. Tal vez las cumplía un día o hasta por tres días, pero después de una semana, mi resolución no significaba nada. La operación de la ley del Espíritu de vida no depende de lo que resolvamos hacer o de las resoluciones que hagamos; depende enteramente de si vivimos o no por la vida divina.

*Cuando el pecado está inactivo dentro de nosotros,
es meramente el pecado, pero cuando
lo despertamos queriendo hacer nosotros el bien,
el pecado se convierte en “el mal”*

Cuando el pecado está inactivo dentro de nosotros, es meramente el pecado, pero cuando lo despertamos queriendo hacer nosotros el bien, el pecado se convierte en “el mal” (v. 21).

*En vez de querer, debemos poner nuestra mente
en el espíritu y andar conforme al espíritu*

En vez de querer, debemos poner nuestra mente en el espíritu y andar conforme al espíritu (8:6, 4; Fil. 2:13). Desearía que todos aprendiéramos a vivir y andar según el espíritu mezclado.

**Debemos cooperar con el Dios que mora en nosotros,
que se ha instalado en nuestro ser
y que obra interiormente de manera automática,
al orar y tener un espíritu de dependencia, invocando al Señor
a fin de mantener nuestra comunión con Él**

Debemos cooperar con el Dios que mora en nosotros, que se ha instalado en nuestro ser y que obra interiormente de manera automática, al orar y tener un espíritu de dependencia, invocando al Señor a fin de mantener nuestra comunión con Él (Ro. 10:12-13; 1 Ts. 5:17; Ef. 6:17-18).

**Debemos atender al sentir de vida en nuestro espíritu,
a fin de permanecer en la comunión de vida,
el fluir de la vida divina, de tal manera que la ley
del Espíritu de vida pueda operar**

Debemos atender al sentir de vida en nuestro espíritu, a fin de permanecer en la comunión de vida, el fluir de la vida divina, de tal manera que la ley del Espíritu de vida pueda operar (Ro. 8:6, 16; 1 Jn. 1:2-3, 6-7). Éste es un punto precioso. Toda clase de vida posee cierta sensación, y dicha sensación es el sentir propio de esa vida. Como seres humanos, nuestra vida humana posee cierta sensación que nos transmite el sentir de lo que es vida y de lo que es muerte. Del mismo modo, cuando nuestra mente está puesta en el espíritu, ésta es vida y paz; pero cuando ponemos la mente en la carne, es muerte (Ro. 8:6). ¿Cómo sabemos lo que es vida y lo que es muerte? Lo sabemos por el sentir de vida que está en nuestro interior. Es mediante esta sensación que sabemos si estamos en la vida o en la muerte.

*El sentir de vida, en el aspecto negativo,
es la sensación de muerte:
debilidad, vaciedad, intranquilidad,
inquietud, depresión, sequedad, oscuridad, dolor, etc.*

El sentir de vida, en el aspecto negativo, es la sensación de muerte: debilidad, vaciedad, intranquilidad, inquietud, depresión, sequedad, oscuridad, dolor, etc. Una indicación de que no estamos en el espíritu es que nos sentimos débiles. ¿Se han sentido débiles alguna vez? ¿Alguna vez se han sentido vacíos, intranquilos, inquietos, deprimidos, secos, en oscuridad y dolor? Todas estas sensaciones son manifestaciones del sentir de vida en el aspecto negativo en nuestro ser. ¿Por qué tenemos estas sensaciones? Por medio de la regeneración recibimos la vida de Dios; Dios vino y entró en nosotros, el Hijo permanece en nosotros, y el Espíritu nos unge. Mientras experimentamos al Dios Triuno en nuestro interior, tenemos cierta sensación. Es mediante este sentir que sabemos si estamos en Dios o no. Debemos aprender a tomar decisiones en conformidad con el sentir de vida que está en nuestro interior. Si tenemos tales sensaciones, como debilidad, vaciedad o intranquilidad, debemos aprender a no continuar en aquellos asuntos que producen ese sentir interior. Tenemos que aprender a conocer el sentir de vida y a discernir el aspecto negativo de dicho

sentir cuando tomemos decisiones. Cuando sentimos algo que corresponde al aspecto negativo, de inmediato, debemos saber que ése es el momento para volvernos a nuestro espíritu y entrar en la esfera divina.

*El sentir de vida, en el aspecto positivo,
es la sensación de vida y paz:
fortalecimiento, satisfacción, paz, descanso,
liberación, vitalidad, frescor, iluminación, alivio, etc.*

El sentir de vida, en el aspecto positivo, es la sensación de vida y paz: fortalecimiento, satisfacción, paz, descanso, liberación, vitalidad, frescor, iluminación, alivio, etc. Un creyente debe vivir conforme al sentir de vida, conforme a las sensaciones en el aspecto positivo. Que el Señor nos conduzca a vivir por el sentir de vida en nuestro interior. El hermano Lee nos preguntó una vez: “¿Cómo podemos aprender a vivir por el sentir de vida?”. Luego él dijo: “Todo creyente nuevo, desde que experimenta por primera vez el sentir de vida, debe aprender a obedecer el sentir de vida”. Quizás algunos pregunten: “Bueno, ¿qué es lo que debo hacer la próxima vez que tenga algún sentir?”. Lo que él dijo fue: “Olvídense de la próxima vez y simplemente atiendan al sentir que tienen actualmente”.

El sentir de vida surgirá de nuevo, y quizás sea en el aspecto negativo. Por ejemplo, es posible que se sientan deprimidos o ansiosos. Una vez que tienen ese sentir deben dejar a un lado lo que estén haciendo e invocar el nombre del Señor, para que vuelvan a tener comunión con Él y sean suministrados por Él, para permitir que Él les ilumine desde su interior y sean llenos de Él. Así que, debemos estar abiertos al Señor y tener comunión con Él. Por otra parte, es posible experimentar el sentir de vida en el aspecto positivo, en cuyo caso ustedes siguen adelante conforme a la vida. Probablemente, cometan muchos errores mientras aprenden a conocer el sentir de vida. En este sentido, yo he cometido muchos errores durante mi vida cristiana. No obstante, es así como se aprende.

*El sentir de vida se relaciona
con estar conscientes de la conciencia en conformidad
con la vida de Dios*

El sentir de vida se relaciona con estar conscientes de la conciencia en conformidad con la vida de Dios (Ef. 4:18-19).

**Debemos estar atentos a nuestro espíritu
y guardar nuestro corazón; el espíritu es el órgano con
el cual contactamos la vida de Dios, y el corazón es la clave,
el interruptor, el punto estratégico, que permite
que la vida de Dios se imparta a nuestro ser
y opere libremente en nosotros**

Debemos estar atentos a nuestro espíritu y guardar nuestro corazón; el espíritu es el órgano con el cual contactamos la vida de Dios, y el corazón es la clave, el interruptor, el punto estratégico, que permite que la vida de Dios se imparta a nuestro ser y opere libremente en nosotros (Sal. 78:8; Mal. 2:15-16; Pr. 4:23; Ez. 36:26; Ef. 3:17; cfr. Ez. 14:3). Si hemos de vivir por la ley del Espíritu de vida, debemos aprender a “activar” esta ley. Con frecuencia, durante el día, podemos hallarnos fuera de nuestro espíritu y alejados del Señor; por tanto, necesitamos aprender a “activar el interruptor” de esta ley de vida. La ley del Espíritu de vida es el poder de la vida divina que opera de forma espontánea y automática. Todo este poder nos ha sido dado por Dios. Él nos ha impartido toda Su plenitud. Él es uno con nosotros, Él nos suministra todo y Su vida nos está enriqueciendo en todo aspecto. En Su vida se halla todo lo que necesitamos, y nosotros estamos mezclados con esta vida. Él nos suministra esta vida día tras día. Para disfrutar el poder y la plenitud de Su vida, lo único que debemos hacer es activarla. Jamás debemos orar así: “Señor, ven a mí. Haz algo por mí. Señor, mézclate conmigo. Señor, abre Tu ser a mí”. Es imprescindible que veamos que el Señor ya es uno con nosotros y que se mezcla con nosotros todo el día y todos los días. Ahora todo lo que necesitamos es “activar el interruptor”. Simplemente vuélvase a Él y activen el interruptor. Consideremos nuevamente el ejemplo de la electricidad y su uso en los aparatos eléctricos. Si yo necesito encender las lámparas de mi casa, sería una insensatez que yo llamara a la planta eléctrica y les pidiese: “Por favor, enciendan las lámparas de mi casa”. Todo lo que debo hacer es ir al interruptor y activarlo. De inmediato las luces resplandecerán porque la electricidad ya está instalada en mi casa. El Dios Triuno con toda Su plenitud ya entró en nuestro ser y se ha “instalado” en nuestro interior (Jn. 4:14). Todo lo que tenemos que hacer es tomar posesión de Él al “activarle”.

Debemos estar atentos a nuestro espíritu y guardar nuestro corazón. Nuestro corazón es el portal por el cual la vida del Señor entra en

nuestro ser de manera plena. Nuestro corazón debe ser un corazón lleno de amor para con el Señor. Aprendan a guardar su corazón, a mantenerlo en una condición apropiada delante del Señor, y estén atentos a su espíritu. Momento a momento, debemos aprender a no vivir en nuestro yo; vivir en el yo es desatender nuestro espíritu. Antes bien, debemos abrir nuestro ser, estar atentos a nuestro espíritu y entrar en nuestro espíritu; de este modo activamos la ley del Espíritu de vida en nuestro interior.

**Debemos andar conforme al espíritu,
es decir, vivir en el espíritu**

Debemos andar conforme al espíritu, es decir, vivir en el espíritu (Ro. 8:4, 16; cfr. 1 Co. 2:14). Andar conforme al espíritu implica tener nuestro ser conforme al espíritu, esto es, vivir, conducirnos, actuar y tener nuestro vivir diario según el espíritu, hora tras hora y momento a momento. Vivir de la manera que es conforme al espíritu equivale a activar la ley del Espíritu de vida.

*El secreto para experimentar a Cristo es estar en Él,
Aquel que nos reviste de poder para hacerlo todo,
y el secreto de estar en Él es estar en nuestro espíritu*

El secreto para experimentar a Cristo es estar en Él, Aquel que nos reviste de poder para hacerlo todo, y el secreto de estar en Él es estar en nuestro espíritu (Fil. 4:12-13, 23).

*Si hemos de vivir en nuestro espíritu, es necesario
que dediquemos tiempo para contemplar al Señor, orando
para tener comunión con Jesús y ser bañados en la luz de Su rostro,
a fin de ser saturados de Su belleza e irradiar Su excelencia*

Si hemos de vivir en nuestro espíritu, es necesario que dediquemos tiempo para contemplar al Señor, orando para tener comunión con Jesús y ser bañados en la luz de Su rostro, a fin de ser saturados de Su belleza e irradiar Su excelencia (2 Co. 3:16, 18; cfr. Mt. 14:23). Es un gozo sublime poder ser bañados en la luz del adorable rostro del Señor. Si queremos vivir en la presencia del Señor, teniendo contacto con Él y disfrutándole, debemos vivir en nuestro espíritu, siendo saturados de Su belleza e irradiando Su excelencia.

Si hemos de vivir en nuestro espíritu, debemos orar sin cesar

Si hemos de vivir en nuestro espíritu, debemos orar sin cesar (1 Ts. 5:17; cfr. Jn. 20:22; Lm. 3:55-56; Ro. 10:12-13). Nuestra oración debe ser nuestra respiración espiritual. Debemos aprender a orar tanto en voz alta como en voz baja, viviendo en nuestro espíritu todo el día al ofrecer oraciones al Señor a fin de tener contacto con Él.

Si hemos de vivir en nuestro espíritu, debemos permanecer en la comunión de la vida divina a fin de andar en la luz divina

Si hemos de vivir en nuestro espíritu, debemos permanecer en la comunión de la vida divina a fin de andar en la luz divina (1 Jn. 1:2-3, 6-7). Debemos aprender a permanecer en comunión con el Señor, al abrirle nuestro ser a Él y al confesar nuestros pecados cada vez que fracasamos. Entonces el Señor perdonará nuestros pecados, y podremos continuar andando en la luz divina y en comunión con Él.

Debemos poner la mente en las cosas del Espíritu, es decir, poner la mente en el espíritu

Debemos prestar atención al sentir de nuestro espíritu, a fin de no contristar ni apagar el Espíritu

Debemos poner la mente en las cosas del Espíritu, es decir, poner la mente en el espíritu (Ro. 8:5-6). Debemos prestar atención al sentir de nuestro espíritu, a fin de no contristar ni apagar el Espíritu (Mal. 2:15-16; Ef. 4:30; 1 Ts. 5:19).

Podemos poner nuestra mente en el espíritu, al poner nuestra mente en las palabras de Dios, las cuales son espíritu y son vida

Podemos poner nuestra mente en el espíritu, al poner nuestra mente en las palabras de Dios, las cuales son espíritu y son vida (Jn. 6:63; Is. 55:8-11). Cuánto necesitamos permanecer en las palabras de Dios, las cuales son espíritu y son vida.

Poner la mente en las cosas del Espíritu, esto es, poner nuestra mente en el espíritu, es también ser uno con el Señor para cuidar de la iglesia —que incluye a todos los santos— con el entrañable amor de Cristo Jesús

Poner la mente en las cosas del Espíritu, esto es, poner nuestra

mente en el espíritu, es también ser uno con el Señor para cuidar de la iglesia —que incluye a todos los santos— con el entrañable amor de Cristo Jesús (Fil. 1:8; cfr. 2:21). El entrañable amor de Cristo es Su “afecto profundo” (1:8, nota 1). Cuando le amamos a Él, podemos responderle conforme a Su afecto profundo.

Debemos hacer morir por el Espíritu los hábitos de nuestro cuerpo

Debemos hacer morir por el Espíritu los hábitos de nuestro cuerpo (Ro. 8:13; Zac. 4:6; Gá. 5:16). Los hábitos de nuestro cuerpo pueden incluir: ver televisión, enojarse, ver cosas inapropiadas o ingerir bebidas inapropiadas. En todas estas cosas debemos aprender a hacer morir los hábitos de nuestro cuerpo, tal como lo vimos en el ejemplo provisto por el hermano Nee acerca de aquel hermano que fue invitado a jugar cartas después de haberse consagrado enteramente al Señor. Ese hermano testificó que sus manos no le pertenecían, sino que pertenecían a otra Persona. Él había aprendido a hacer morir los hábitos del cuerpo, de modo que tales hábitos no le condujeran a pecar.

Debemos permitir que el Espíritu habite y resida en nuestro ser interior

Debemos permitir que el Espíritu habite y resida en nuestro ser interior (Ro. 8:9, 11).

Debemos permanecer en la vida de iglesia donde el Dios de paz aplasta a Satanás bajo nuestros pies

Debemos permanecer en la vida de iglesia donde el Dios de paz aplasta a Satanás bajo nuestros pies (12:1-2, 11; 16:20). Es en la vida de iglesia donde vivimos al Cristo maravilloso. A menos que estemos en la vida de iglesia, en la vida del Cuerpo y en la comunión con todos los santos, no podemos proveerle al Dios de paz la manera de aplastar a Satanás bajo nuestros pies.

Debemos ser guiados por el Espíritu como hijos de Dios

Ser guiados por el Espíritu es estar atentos a la unción interior, al Espíritu compuesto que mora, opera y actúa en nosotros

Debemos ser guiados por el Espíritu como hijos de Dios (8:14). Ser guiados por el Espíritu es estar atentos a la unción interior, al Espíritu compuesto que mora, opera y actúa en nosotros (1 Jn. 2:20, 27).

Ser guiados por el Espíritu es estar atentos al reposo en nuestro espíritu, esto es, ser guiados como cautivos en la procesión triunfal de Cristo

Ser guiados por el Espíritu es estar atentos al reposo en nuestro espíritu, esto es, ser guiados como cautivos en la procesión triunfal de Cristo (2 Co. 2:12-14; 7:5-6). Si somos guiados por el Espíritu, sabremos cuál es la dirección dada por el Espíritu. Necesitamos ser guiados por Él, esto es, ser guiados como cautivos en Su procesión triunfal.

Debemos clamar al Padre en el espíritu de filiación

Cuando clamamos “¡Abba, Padre!”, “el Espíritu mismo da testimonio juntamente con nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”

Debemos clamar al Padre en el espíritu de filiación (Ro. 8:15; Gá. 4:6). Cuando clamamos “¡Abba, Padre!” (Ro. 8:15), “el Espíritu mismo da testimonio juntamente con nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (v. 16).

Clamar “¡Abba, Padre!” expresa lo dulce que es la relación íntima que tenemos con nuestro Dios

Clamar “¡Abba, Padre!” expresa lo dulce que es la relación íntima que tenemos con nuestro Dios (cfr. Mt. 18:3). ¿Han aprendido cómo clamar al Padre? Debemos ser aquellos que claman al Padre. Puede ser que tengamos muchos problemas, muchas ansiedades y muchas necesidades; así que debemos aprender la manera de clamar a nuestro Padre. No debemos ser de aquellos que le ruegan al Padre para que haga algo por ellos. Debiéramos clamar al Padre y abrirnos a Él a fin de tener contacto con Él y disfrutarle.

Debemos gemir en el Espíritu intercesor por nuestra plena filiación, que es la redención de nuestro cuerpo

En nuestro gemir el Espíritu también gime, intercediendo por nosotros

Debemos gemir en el Espíritu intercesor por nuestra plena filiación, que es la redención de nuestro cuerpo (Ro. 8:23, 26-27). En nuestro gemir el Espíritu también gime, intercediendo por nosotros.

No sólo debemos clamar al Padre, sino que además debemos aprender a gemir delante del Señor. En una ocasión, estuve involucrado en

una situación muy complicada que se presentó en mi localidad. Durante ese tiempo, solía a veces despertarme a media noche sin saber cómo orar o qué hacer. Gemir era lo único que podía hacer delante del Señor: “Oh Señor, oh Señor, oh Señor”. Durante varios días, eso era todo lo que podía hacer; simplemente gemía delante del Señor. Mientras gemía, no tenía nada que expresar ni sabía qué decir. Tan sólo gemía. Debemos aprender la manera de contactar al Señor al gemir delante de Él. Al gemir así, experimentamos al Señor y le disfrutamos de una manera maravillosa y asombrosa.

El Espíritu intercesor ora por nosotros, pidiendo que seamos conformados a la imagen de Cristo, el Hijo primogénito de Dios

El Espíritu intercesor ora por nosotros, pidiendo que seamos conformados a la imagen de Cristo, el Hijo primogénito de Dios (vs. 28-29).

Debemos amar a Dios y ser constreñidos, restringidos y motivados por el amor de Cristo para ser más que vencedores en todas las cosas

Al amar a Dios, nosotros participamos de todas las riquezas que están en Dios

Debemos amar a Dios y ser constreñidos, restringidos y motivados por el amor de Cristo para ser más que vencedores en todas las cosas (vs. 31-39). Al amar a Dios, nosotros participamos de todas las riquezas que están en Dios (1 Co. 2:9-10).

Debemos permitir que el amor de Cristo nos constriña a fin de amar a Dios y a los santos con Cristo como nuestro amor

Debemos permitir que el amor de Cristo nos constriña a fin de amar a Dios y a los santos con Cristo como nuestro amor (2 Co. 5:14). Recientemente disfruté escuchar las oraciones de algunos colaboradores. Algunos de ellos oraban, diciendo: “Señor, te amamos mucho. ¡En realidad te amamos!”. Cuánto necesitamos permitir que el amor de Cristo nos constriña a fin de amarlo a Él y a todos los santos. Cuando le amamos de esa manera, somos mezclados con el Dios Triuno y somos introducidos, a un grado mayor, en la experiencia de la vida divina, lo cual hace que la ley del Espíritu de vida opere aún más en nuestro interior.

**EL DIOS TRIUNO PROCESADO Y CONSUMADO,
QUIEN ES EL PODER DE LA LEY DEL ESPÍRITU DE VIDA
QUE OPERA DE MANERA ESPONTÁNEA Y AUTOMÁTICA,
LOGRA LAS SIGUIENTES COSAS EN NOSOTROS**

El Dios Triunfo procesado y consumado, quien es el poder de la ley del Espíritu de vida que opera de manera espontánea y automática, logra las siguientes cosas en nosotros. Este poder hace que nuestro corazón se incline a Dios (Pr. 21:1; Sal. 119:36). Este poder nos hace sumisos a Dios (Fil. 2:13). Este poder nos lleva a hacer las buenas obras, las cuales Dios preparó para que nosotros vivamos la vida de iglesia y llevemos el testimonio de Jesús (Ef. 2:10). Este poder nos lleva a laborar para el Señor con todo nuestro corazón y con todas nuestras fuerzas (1 Co. 15:10; Col. 1:28-29). Este poder hace que nuestro servicio sea viviente y fresco (Ro. 6:4; 7:6; 2 Co. 3:6). Debemos aprender la manera de experimentar este poder, activando la ley del Espíritu de vida que mora en nuestro interior a fin de que nuestro servicio sea viviente, fresco y nuevo.

**FINALMENTE, EL DISFRUTE QUE TENEMOS DEL ESPÍRITU
QUE MORA EN NOSOTROS —QUIEN ES LA LEY
DE LA VIDA DIVINA QUE OPERA AUTOMÁTICAMENTE—
SE HALLA EN EL CUERPO DE CRISTO Y ES PARA EL CUERPO
DE CRISTO, CON EL PROPÓSITO DE QUE SEAMOS IGUALES A DIOS
EN VIDA, EN NATURALEZA Y EN EXPRESIÓN, MAS NO
EN LA DEIDAD A FIN DE QUE SE CUMPLA LA META
DE LA ECONOMÍA ETERNA DE DIOS**

Finalmente, el disfrute que tenemos del Espíritu que mora en nosotros —quien es la ley de la vida divina que opera automáticamente— se halla en el Cuerpo de Cristo y es para el Cuerpo de Cristo, con el propósito de que seamos iguales a Dios en vida, en naturaleza y en expresión, mas no en la Deidad a fin de que se cumpla la meta de la economía eterna de Dios (Ro. 8:2, 28-29; 12:1-2; 11:36; 16:27; Fil. 1:19). Experimentamos la ley del Espíritu de vida en el Cuerpo de Cristo con miras al cumplimiento de la economía eterna de Dios. Confío que esto sucederá y que entraremos más en las experiencias de la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús, la disfrutaremos y participaremos en ella cada vez más. ¡Alabado sea el Señor por esta ley!—B. P.

**ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN
DEL EVANGELIO DE DIOS EN ROMANOS**

**La resurrección de Cristo
y
la experiencia que los creyentes tienen de Cristo
en Su vida de resurrección
(Mensaje 7)**

Lectura bíblica: Ro. 1:3-4; 4:17, 24-25; 6:4-5, 8-9; 7:4; 8:9-11, 34; 10:9; 14:9

- I. El libro de Romanos revela el significado intrínseco de la resurrección de Cristo—4:17; 6:4; 14:9; 1:3-4:
 - A. Dios es Aquel que da vida a los muertos; éste es el gran poder de resurrección de Dios, el poder que Abraham experimentó cuando ofreció a Isaac conforme al mandato de Dios—4:17; He. 11:17-19.
 - B. Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, es decir, por medio de la manifestación de la divinidad—Ro. 6:4; 1:4; 8:34:
 1. Considerando a Cristo como Dios, el Nuevo Testamento nos dice que Cristo mismo resucitó de los muertos—14:9; Jn. 10:17-18.
 2. Con respecto a Cristo como hombre, el Nuevo Testamento dice que Dios le levantó de los muertos—Ro. 8:11, 34; Hch. 2:24; 3:15.
 - C. El Señor Jesús fue resucitado de los muertos para nuestra justificación—Ro. 4:25:
 1. La resurrección de Cristo prueba que los requisitos de Dios fueron satisfechos al morir Él por nosotros, que somos justificados por Dios debido a Su muerte, y que en Él, el Resucitado, somos aceptos delante de Dios—3:24.
 2. Como el Resucitado, Él está en nosotros para vivir por nosotros una vida que pueda ser justificada por Dios y que siempre sea aceptable a Dios—8:10; Gá. 2:20; 2 Co. 5:9.